

NOTAS ACADEMICAS

TRADICION MEDICA *

DR. FEDERICO GÓMEZ S.

LA ASOCIACIÓN médica mexicana que con más propiedad y orgullo puede ostentar en su trayectoria una sucesión de hechos y acontecimientos científicos, que le han dado estructura y supervivencia indefinidas a través del último siglo de nuestra historia médica, es la Academia Nacional de Medicina.

Su tradición es, sin duda alguna, la tradición médica de México, ya que sus raíces se envuelven vigorosas y fecundas en cien años de trabajo, y proceden de vástagos médicos pioneros en la ciencia mexicana, que abrevaron su savia en la inquietud de cerebros y de voluntades de hombres, que amaron y respetaron su profesión con amor igual al que profesaron a su Patria y a sus hombres.

Los albores históricos de la Academia como asociación científica podrían encontrarse a más de dos siglos de distancia. Es entonces cuando el País contempla el primer ensayo generoso para agrupar científicos que discuten problemas médicos, difunden su experiencia y muestran inquietud hacia la patología.

Fue en el año de 1732 cuando el Dr. Nicolás Torres, catedrático de la Real Universidad fundó en su propia casa de la Ciudad de México, la primera Academia Médica y fue don Juan de Acuña, Marqués de Casa Fuerte, Virrey de Nueva España, el que aprobó, con restricciones y desconfianzas muy propias de la época, los estatutos que legalizaron la agrupación fundada por el Dr. Torres.

Este primer ensayo académico tuvo vida breve. A él siguió una larga pausa de años que, sin embargo, no pudo matar el germen de la inquietud científica sembrado en tierra propicia por mentes visionarias, ávidas de saber. Y así, de aquellas cenizas grávidas de promesas y orientaciones y en ocasión del interés por las plantas y las yerbas medicinales que despertó la expedición botánica enviada a México por el Rey Carlos III, surgió, al amparo del Dr. don Daniel O'Sullivan, una nueva Academia de Medicina.

* Leído en la Ceremonia de Inauguración de las IV Jornadas Médicas Nacionales.

Transcurría el año de 1790, gobernaba Nueva España el Virrey Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, Marqués de Revillagigedo, a quien correspondió otorgar la venia para fundar la agrupación, a pesar de las reticencias y celo de la Real Universidad, que varias veces le hicieron dudar si sería prudente y atinado dar la sanción de su Virreino, a aquel grupo de hombres preocupados por el adelanto de sus disciplinas médicas. El cálido soplo científico de Europa había llegado a la Nueva España y, a su estímulo, se vieron surgir las agrupaciones de estudiosos inconformes con el aislamiento, insatisfechos de la duda, alertas al progreso de las ciencias médicas que llamaban a sus puertas.

Nuestra larga Guerra de Independencia produjo nueva pausa en el medio médico de México; pero el germen dejado por la Academia de 1790 que se había disgregado como la anterior, fue responsable de la formación de una nueva agrupación, que surgió apenas se había conseguido la libertad de pensamiento y de acción que se desbordaron en un México independiente.

En esta vez, fue un médico del Ejército, el Dr. José Antonio Ruiz, el que en 1825 reunió a un grupo de distinguidos colegas y fundó otra Academia para hacer prácticas quirúrgicas en el cadáver, a fin de dar mayor garantía de éxito a las operaciones en los seres vivos. Esta Academia tuvo, por primera vez, una franca y saludable tendencia quirúrgica en el ambiente.

El Dr. Francisco Fernández del Castillo, docto historiador de la medicina en México, no nos habla en su documentado libro, de la duración de este nuevo brote de asociación de los médicos mexicanos, pero es de creerse que su vida tampoco fue larga, sin embargo de que agregó otro valioso eslabón a nuestra tradición médica que para entonces completaba casi un siglo de intentos fallidos, pero encadenados y constantes.

Pasaron casi diez años más y en el año de 1833 aparece nuevamente una agrupación médica que tomó el nombre de Sociedad Médica del Distrito Federal de los Estados Unidos Mexicanos, la que igualmente tuvo una vida corta. Parecía que circunstancias y hechos desafortunados, que se repetían periódicamente, conspiraban siempre contra la integridad y la vida de aquellas primeras academias de medicina, las que a fuerza de tenacidad y siguiendo los impulsos de sus progenitores, repetían los esfuerzos y fundaban nuevas agrupaciones, para demostrar el noble espíritu que bullía en los profesionistas mexicanos que buscaban nuevos conocimientos, deseos de difundir su experiencia, inquietos por legar su ciencia a las nuevas generaciones.

Pronto, apenas pasados tres años, se fundó un nuevo núcleo alrededor de don Casimiro Liceaga. Corría el año de 1836 y brillaban en el firmamento nacional astros de primera magnitud en la medicina, como el propio don Casimiro Liceaga, don Manuel Carpio, don Ignacio Erazo, tan solo para citar unos cuantos nombres, propagando su sabiduría y su ciencia, contagiando a las juventudes de la noble filosofía de servir, que profesaban con tan arraigada fe.

Pero otra vez no fue garantía de estabilidad el hecho que se integrara con sabios de reconocida estructura humana y científica. No pudo resistir la inestabilidad y las continuas convulsiones del País, que vivía deslumbrado por una libertad que tanto anheló, pero la que aún no se encauzaba por los caminos de la normalidad y arrastraba, en su infortunado destino, los esfuerzos científicos de nuestras primeras organizaciones, impidiéndoles consolidarse y perdurar.

A los pocos años se produjo con un entusiasmo digno de mejor suerte, todavía un nuevo ensayo académico que atestiguaba la tenacidad y la alcurnia de los médicos del siglo pasado. Don Leopoldo Río de la Loza al avivar los mejores de los rescoldos, según decía en el discurso inaugural de su Academia, fundó en 1861 una asociación nueva que a los pocos años, dispersa y maltrecha moría también. Finalmente llegó, al abrirse paso entre los encontrados sentimientos políticos y sociales que agitaban al País en el año angustioso de 1864, la nueva y seguramente definitiva Academia Nacional de Medicina de México.

La Intervención Francesa parecía haber dominado al País. El Mariscal Aquiles Bazaine preparaba la llegada de Maximiliano, los liberales huían y se concentraban en los rincones de las inaccesibles serranías de Guerrero y de Oaxaca, y en este medio saturado de patriotismo y salpicado de traiciones volvió a surgir el indomable espíritu científico de la época y se fundó, primero, una Sección Médica dentro de una flamante Comisión Científica Internacional iniciada por los franceses invasores, transformándose después en Sociedad Médica de México, para tomar al fin el nombre de Academia de Medicina de México que ostenta con orgullo centenario, nuestra Corporación actual.

Ahora podemos contemplar el pasado lejano y entender lo que fue un encadenamiento de esfuerzos y de hechos desarrollados desde 1732 hasta 1864, para integrar la vigorosa, la pujante organización médica que ahora honra a la República. Los eslabones que formaron la cadena de acontecimientos que después de tantas décadas han sido sólida base para nuestra Academia, se forjaron en los yunques de la desilusión, de la envidia, de la incomprensión, del antagonismo científico y en el deprimente ambiente de la dominación extranjera todo ello en conjura contra la nobleza médica. El hierro de las estructuras de nuestra Academia tiene un temple que suena a clarines de guerra y ostenta la resistencia adquirida al paso de dos siglos de incansable lucha. La Academia Nacional de Medicina personifica el deseo sin término de los médicos mexicanos de agruparse para servir a su Patria y a su ciencia. Es el símbolo de la tradición médica de México.

La veneración y el respeto que le profesamos, es veneración y respeto a nuestra historia, a nuestros hombres de ciencia y al futuro que significa para el País. En las sesiones semanarias, en las discusiones científicas, en la exposición de trabajos médicos y en las Jornadas Médicas Nacionales, se palpa, se siente flotar en el ambiente y penetra muy hondo en el espíritu, la tradición médica de un pueblo.